

Y LUEGO FUERON TRES

72

GEOFFREY HOMES



COLECCION

Rastros

Humphrey Campbell es un detective privado que trabaja en la Oficina de Personas Desaparecidas Morgan en Los Ángeles. Está encargado de encontrar a la señorita Marjorie Keenan, quien huyó de su prometido unos días antes de la boda y ha desaparecido. Su pista le lleva a la posada de Los Pinos un jueves de junio. El equipaje de la chica está allí, sin deshacer, pero ella no. Salió del hotel el sábado anterior por la noche y no ha regresado. Después de echar una ojeada por la ciudad y a su equipaje, se pone en contacto con Robin Bishop, actual editor del periódico Los Pinos y anteriormente detective de la Oficina de Personas Desaparecidas Morgan. Descubren que no solo ha desaparecido Marjorie, sino también un gran danés que pertenece a una pareja acomodada que vive en las afueras de la ciudad. Cuando descubren que un hombre misterioso había enterrado recientemente a un perro desconocido en Los Pinos Memorial Pet Park, Humphrey y Robin están seguros de haber encontrado al gran danés desaparecido. Pero cuando se abre el ataúd, se encuentran con el cuerpo de Marjorie Keenan. Su padre viene a identificar el cadáver pero desaparece y aparece también muerto. ¿Quién podría desearle mal a esta familia en una pequeña ciudad en la parte posterior del más allá? Será necesario descubrir el paradero del gran danés y otra muerte antes de que Humphrey y Robin puedan contestar esa pregunta y llevar al asesino ante la justicia.

CAPÍTULO I

Cinco minutos antes de la llegada del tren, Jake Hall detuvo, con rechinamiento de frenos, su viejo sedán de color negro y, descendiendo de él, se apresuró a llegar a la sala de espera de la estación ferroviaria en la cual ardía un alegre fuego en la chimenea. Sacó del bolsillo su pesado reloj de plata y comparó la hora con la que marcaba el reloj que pendía de la pared.

—Llegué a tiempo —dijo Jake dirigiéndose al soñoliento jefe de estación que, sentado ante una mesa, escribía a máquina. El ruido que producía la máquina de escribir podía ser comparado con el de una trilladora en funcionamiento—. La niebla de hoy es terrible, impide toda visual.

—A esta altura del año siempre es malo el tiempo —contestó con un gruñido el jefe de estación.

—Dos veces se me deslizó el coche fuera de la carretera —observó malhumorado Jake.

En el balde lleno de carbón destinado a alimentar la chimenea dormía plácidamente, hecho un ovillo, un enorme gato negro. Jake se inclinó y acariciándole las orejas, murmuró:

—Viejo diablo negro, eres un perezoso.

—Acaba de regresar hace sólo unos minutos —dijo el jefe de estación—. Debe tener una amiga en algún lado, no lejos de aquí. Probablemente se trate de alguna gata mexicana.

—¿No tienes vergüenza? —preguntó Jake redoblando las caricias—. Paseando de noche y durmiendo de día; eso

no lo hacen los gatos decentes.

Satisfecho, cerró el gato los ojos y dejó oír un ronroneo característico. Tenía una oreja lastimada y una mancha de sangre seca en el lomo.

—Algún día —continuó diciendo Jake—, alguien, confundíendote con carbón, te arrojará dentro de la estufa.

—Eso podrá pasarle a cualquier otro gato, pero no a éste —observó el jefe de estación—. Pero ya llega el tren.

Efectivamente, un rayo de luz abriéndose paso entre la niebla, penetró por la ventana de la sala de espera al mismo tiempo que la locomotora anunciaba su presencia con dos largos silbidos. Jake se acercó a la ventana y observó cómo el largo convoy detenía su marcha con gran rechinar de hierros. Vio en seguida que se abría la portezuela de uno de los coches, del cual descendió un camarero vestido con casaca blanca y una valija en cada mano. Fue seguido de inmediato por un hombre enfundado en un largo gabán de color castaño claro y con la cabeza cubierta por un sombrero verde. El hombre puso unas monedas en la mano extendida del camarero que había dejado las valijas en el suelo, y miró con curiosidad a su alrededor. Continuaba observando el lugar cuando el tren reanudó su marcha en dirección a San Francisco.

—¿Taxi? —gritó Jake, abriendo la puerta de la sala de espera—. ¿Quiere un taxi, señor?

Levantó el hombre las valijas y se encaminó lentamente en dirección al edificio de la estación. Jake no se movió para ir a su encuentro; era costumbre inveterada en él dejar que sus presuntos pasajeros llevaran su equipaje. Él era conductor de taxi y no mozo de cordel.

—Lindo lugar éste —dijo el que se acercaba. Era un hombre joven, con rostro redondo y sonrosado, que irradiaba simpatía. Aparentaba ser un tanto obeso, pero no lo era.

—Entre y arrímese a la estufa —dijo Jake—. Tiene un largo viaje por delante.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el otro—. ¿Quién le dice que no vengo dispuesto a permanecer aquí?

—Nadie se queda aquí, nunca —repuso Jake—. No hay nada por aquí.

—Tiene razón; la estación parece enclavada en un desierto —dijo el joven entrando en la sala de espera y dejando las valijas sobre un banco—. ¿Dónde diablos queda la ciudad de Los Pinos?

—A veinte millas de aquí —contestó Jake.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

El joven se acercó a la estufa y pareció absorberse en la contemplación del gato. El animal abrió los ojos, examinó al recién llegado, bostezó y se estiró sobre su lecho de carbón. Con la sonrisa en los labios, el hombre preguntó:

—¿Duerme siempre ahí?

—Desde hace cinco años —contestó Jake—. ¿Qué quiso significar usted al preguntar «por qué»?

—¿Por qué no está la ciudad de Los Pinos más cerca de la estación?

—Que me condenen si lo sé —repuso Jake.

—¿Aguarda la llegada de todos los trenes?

—De los que se detienen en esta estación —contestó Jake—. Sólo tres tienen parada efectiva.

—¿Llega mucha gente en ellos?

—A esta altura del año no; hay demasiada niebla. En octubre llega mucha gente; entonces no hay niebla.

Jake sacó de uno de sus bolsillos una pipa vieja, la llenó con tabaco y la encendió. Cuando abría la boca podía verse que le faltaban tres incisivos.

—¿Recordaría a alguien que llegó hace tres semanas? —preguntó, interesado, el joven.

—Es posible. Eso depende del aspecto que tuviese la persona en cuestión. A usted lo recordaría sin lugar a dudas.

—¿Por qué a mí?

—Porque está tostado por el sol y es grueso —contestó Jake mirando especulativamente a su interlocutor.

—Pasemos por alto lo de tostado, pero no acepto el término grueso; no es grasa, son todos músculos.

—Como usted disponga —dijo Jake, conciliador—. ¿Qué aspecto tenía ese pasajero por el cual se interesa?

—Pasajera —corrigió el joven—. Una mujer de muy buena presencia, de veinticuatro años más o menos, ojos azules y cabellos de ese color —señaló con el dedo un cuadro litografiado que pendía de la pared y que representaba un campo de trigo en plena madurez—. Tenía cuatro valijas de cuero de color castaño con las iniciales M. K.

—¿Su estatura? —preguntó lacónicamente Jake.

—Pequeña; no tenía más de cinco pies de altura, pero bien formada...; sí, un cuerpo esbelto y muy bien formado.

—La recuerdo —contestó Jake—. Llegó en este mismo tren.

El joven sonrió complacido, y entrecerrando los ojos, preguntó:

—¿La llevó a Los Pinos?

Jake asintió con un movimiento de cabeza y confirmó:

—Sí, señor, y recuerdo que me dio una propina principessa.

—Malo, malo —observó el joven—. Nunca debió hacer eso; las propinas excesivas echan a perder a la gente. ¿Dónde la dejó al llegar a Los Pinos?

Jake se frotó perplejo la barbilla —ésta necesitaba una afeitada; evidentemente la necesitaba desde hacía una semana—. Al fin contestó:

—Es posible que a ella no le agrade que usted sepa dónde está.

El joven introdujo la mano en el bolsillo del pantalón; cuando la sacó, había dos cosas en ella: una tarjeta y un billete de banco. Entregó ambas cosas a Jake, el cual guardó el billete de banco en uno de sus bolsillos y miró la tarjeta. Decía en ésta que el joven era Humphrey Campbell y que

representaba a la Agencia Morgan, especialista en la búsqueda de personas desaparecidas. Tras un instante de vacilación, Jake pareció decidirse, y dijo:

—La dejé en el hotel.

—Es a ese mismo hotel al que me llevará usted —repuso Humphrey Campbell, y levantando las valijas, agregó—: En marcha.

Jake suspiró; se despidió del jefe de estación, que continuaba castigando despiadadamente la máquina de escribir, e inició la marcha en dirección al viejo sedán.

Ahora, con la llegada del día, la niebla ya no era tan espesa y se podían ver los campos de labranza extendidos a ambos lados de la carretera. En el campo más próximo, distante sólo cincuenta yardas de la estación, se veía a varios hombres, al parecer japoneses, afanados en recolectar coles, que colocaban en grandes canastos. En el Este apareció un leve resplandor cuando el sol inició la lucha tendiente a eliminar la niebla que ocultaba el cielo. Una ráfaga de viento agitó las ramas de un solitario eucalipto, y gruesas gotas de agua cayeron sobre el deteriorado techo del sedán.

—Será preferible que se siente adelante —dijo Jake a su pasajero—. No hace tanto frío como en el interior.

Humphrey colocó sus valijas en la parte trasera del coche y se ubicó junto al conductor. El estado de la tapicería daba la impresión de que una docena de ratas había estado jugando allí a las escondidas. Humphrey Campbell miró desconfiado, y observó:

—Algún día los resortes lastimarán a alguien.

—Todavía no ha llegado ese día —contestó Jake, presionando el arranque; el motor tosió varias veces y en seguida comenzó a funcionar con suave regularidad. Jake hizo retroceder lentamente el coche, giró y emprendió la marcha hacia el Oeste, a lo largo de una estrecha carretera cubierta de aceite.

—Con respecto a esa joven —dijo Jake—. ¿Qué es lo que pretende de ella? ¿Por qué la busca?

—Olvidó escribir a su casa —contestó Humphrey—. Con frecuencia se aleja de su casa y se olvida de escribir; entonces yo tengo que buscarla. Es algo que ya se está convirtiendo en un juego. ¿Estaba sola?

—Completamente sola —Jake redujo la velocidad para tomar una curva, y, a pesar de ello, las ruedas patinaron sobre la tierra húmeda.

—¿La volvió a ver?

—No; pero no es de extrañar. Ha de saber que yo sólo hago viajes a la estación; nunca llevo pasajeros por la ciudad. De eso se encarga Himle Olson. Él, por la ciudad y sus alrededores, y yo a la estación; en esa forma ambos ganamos lo suficiente para vivir.

—¿No la llevó de vuelta a la estación?

—No —contestó Jake sacudiendo negativamente la cabeza—. Pudo haberlo hecho algún amigo de ella, pero entonces yo la habría visto, porque estoy en la estación a la llegada y salida de todos los trenes.

Los campos que bordeaban la carretera se convertían paulatinamente en dunas de arena que se elevaban gradualmente en dirección al mar. Adelante se veían algunas colinas de poca elevación, cubiertas de árboles, y el sol barría la niebla que cubría sus crestas. Unas cuantas chozas grises, diseminadas por las dunas, parecían querer ocultarse como avergonzadas de tener que mostrarse al mundo. A doscientas o trescientas yardas de la costa se mecía blandamente sobre las olas un grupo de barcas pescadoras.

Por un tiempo continuaron bordeando la costa; en seguida el camino torció hacia la izquierda y empezó a ascender hacia las colinas.

Medio oculta entre un grupo de raquíticos pinos se veía una casita blanca rodeada por una verja coronada por un gran letrero que decía: *Elmer Dickens-Huevos y pollos*.

Con un movimiento de cabeza indicó Jake la casita y comentó:

—Un comerciante en pleno desierto. —Rio silenciosamente, agitando sus delgados hombros.

—Debe ser un humorista —observó Humphrey.

—Es un buen tipo —afirmó Jake con convicción—. Es el mejor tocador de acordeón que jamás he escuchado.

—Eso lo dice porque nunca me escuchó a mí —dijo Humphrey—. Soy un virtuoso del acordeón.

Jake lo miró con mezcla de admiración y respeto. Puso el motor en segunda y el coche avanzó con mayor lentitud; los engranajes se quejaron amargamente, hasta que el automóvil llegó a la cumbre de la colina. Delante de ellos, en una hondonada, estaba la ciudad de Los Pinos. Humphrey respiró profundamente.

—Bonita, ¿verdad? —preguntó Jake—. Es la ciudad más linda a lo largo de la costa.

Campeaba el orgullo en sus palabras; y en realidad tenía motivo de estarlo. Los Pinos oculta a medias entre pinos centenarios, con las colinas en el fondo, el mar delante y el valle a la izquierda, era una ciudad bella y pintoresca. El muro de niebla ya se había desprendido de la playa y avanzaba lentamente para perderse en el mar, y sobre la ciudad, las colinas y el valle, brillaba un sol cálido y esplendoroso.

—Hay mucho dinero aquí —continuó diciendo Jake—. Hay fácilmente dos docenas de millonarios en la ciudad. ¿Alcanza a ver sus casas y palacios edificadas sobre los acantilados? Son las casas más lujosas a todo lo largo de la costa. Aquí, casi todos tienen dinero de sobra. —Cerca ya de los suburbios de la ciudad, señaló Jake hacia un lugar despejado, diciendo—: Hasta tenemos un cementerio para perros y gatos.

Humphrey miró hacia el lugar indicado y vio una especie de prado rodeado por una empalizada de madera pintada de blanco. Sobre el portón de entrada se veía un letrero que decía: *Cementerio de perros y gatos de la ciudad*

de «Los Pinos». El prado tenía una leve inclinación hacia el mar y estaba cubierto en toda su extensión por césped verde brillante. En uno de sus ángulos se veía una casita blanca con techo de tejas rojas.

—Allí no se permiten monumentos funerarios —dijo Jake—, solamente pueden colocarse piedras planas sobre las tumbas.

—Muy original —observó Humphrey.

—Sí, ¿verdad?

—Para ser enterrado allí ya hay que ser alguien.

—Hay que ser perro o gato —repuso Jake.

—Sí, y estar muerto.

Los labios de Jake se contrajeron en una sonrisa que más bien parecía una mueca. Apretó a fondo el pedal del freno y el automóvil se deslizó lentamente colina abajo hacia la ciudad. El humo que salía de las chimeneas, elevándose hacia lo alto, denotaba que en la mayoría de los hogares estaban preparando el desayuno, y en las calles se veían algunos madrugadores. Dos hombres que vestían blusas rojas formaban pirámides de naranjas delante de un almacén. Un anciano barbudo barría la acera frente a su comercio de librería. Después de recorrer breve trecho por la Avenida del Océano, Jake dobló hacia la izquierda, y dos cuadras más allá detuvo el coche ante el hotel, un edificio de piedra de dos pisos. Tenía el aspecto de una pequeña iglesia, pero le faltaba la torre y la cruz. Un muchachito delgado, vestido con uniforme azul, abrió la portezuela del automóvil y se apoderó de las valijas. Humphrey miró sonriendo a Jake. Este devolvió la sonrisa y dijo:

—Lo veré en la iglesia.

—No acepte monedas falsas —retrucó Humphrey.

El uniformado portero del hotel miró con suprema arrogancia al recién llegado, y Humphrey, siguiendo al muchacho que portaba su equipaje, murmuró:

—Lo lamento, viejo, pero olvidé adaptarme al espíritu de las cosas.

El empleado en el despacho era un hombre joven, delgado pero de aspecto impresionante por su imaculada elegancia. El traje le sentaba como a un maniquí de tienda; su corbata de seda hería la vista por la profusión de brillantes colores. Humphrey miró las manos del hombre y llegó a la conclusión de que una manicura había terminado de arreglárselas poco antes. Se preguntó si podía atreverse a sacar sus propias manos de los bolsillos del sobretodo. Sonrió amablemente al empleado y tomó la pluma que éste le ofrecía. Delante de él había un libro enorme con tapas de cuero: el registro de pasajeros.

—¿Solo? —preguntó el empleado con voz aguda e impersonal.

—Completamente solo —contestó Humphrey, y escribió su nombre debajo del de Allen K. Sibley y señora. Llegó a la conclusión de que el señor Sibley era un hombre que seguía los impulsos de su corazón y que no estaba de acuerdo con la modalidad de los empleados de hotel, que consideraban a la esposa como señora Sibley.

—¿Permanecerá mucho tiempo en el hotel?

—Eso depende —contestó Humphrey—. Busco a una amiga que creo que se aloja en este mismo hotel.

—Es posible —repuso el empleado. Por el tono con que pronunció esas palabras se llegaba a la conclusión de que si esa dama era alguien, tenía que alojarse forzosamente en ese mismo hotel.

—¿Me permite recorrer la lista de pasajeros? —preguntó Humphrey, y sin aguardar respuesta empezó a volver las páginas del registro hasta que llegó a la fecha que buscaba. Pero el nombre que le interesaba no figuraba en esa página.

—¿Cómo se llama? —preguntó el empleado con un dejo de impaciencia.

—Marjorie —contestó Humphrey.

—¿Y su apellido? —preguntó el adonis, enarcando las cejas.

—Acostumbra a cambiar de apellido con harta frecuencia e ignoro cuál es el que usa ahora. Llegó el 11 de junio.

El empleado recorrió con la vista la página del registro y haciendo un gesto de impaciencia, dijo:

—Creo que está equivocado. El 11 de junio no ha llegado ninguna persona del sexo femenino que lleve el nombre de Marjorie.

—Es rubia —insistió Humphrey—, pequeña; llevaba cuatro valijas. Y es muy hermosa.

—No la recuerdo —contestó lacónicamente el empleado.

—Es posible que esto le ayude a refrescar la memoria —dijo Humphrey sacando una insignia de su bolsillo y permitiendo que el empleado sólo le arrojara una mirada fugaz.

Un examen más detenido de la insignia habría revelado que su poseedor pertenecía a las brigadas juveniles de la Policía Federal, a las cuales podía pertenecer cualquier niño cuya madre comprara determinado alimento que venía envasado en un recipiente de hojalata, en cuya tapa venía burdamente estampada una copia de las insignias que utilizaban los hombres de la Policía Federal para darse a conocer. Pero el empleado no tuvo oportunidad de examinar detenidamente el distintivo porque Humphrey volvió a guardarlo en su bolsillo.

El comportamiento del empleado cambió por completo. Tomó el registro y frunciendo el entrecejo empezó a recorrer los distintos nombres anotados el 11 de junio, al mismo tiempo que murmuraba:

—Veamos..., veamos.

—Era rubia, ojos azules, muy bonita y llevaba un sombrero verde.

Un dedo delgado y bien manicurado se detuvo en el renglón superior de la página, y el empleado exclamó:

—Ah..., es posible que sea ésta. —Su dedo señalaba el nombre Mildred Karr—. Ahora la recuerdo, la recuerdo per-

fectamente y está en un todo de acuerdo con su descripción. Pero no se llama Marjorie.

—Es posible que haya empezado a cambiar también el nombre —contestó Humphrey con tranquilidad—. ¿Qué habitación ocupa?

La pregunta estaba de más, porque en el registro vio que se trataba de la habitación 217.

—Pero no está ahora en el hotel —dijo el empleado...

—¿Se retiró definitivamente?

—No, pero salió el sábado y no regresó.

—¿Dejó el equipaje en su habitación?

—Sí; no llevó nada consigo.

—¿Están preparadas las valijas?

—No; toda su ropa está en el ropero.

—Entonces volverá —dijo Humphrey.

—A menos... a menos que sepa que ha llegado usted en su seguimiento —observó el empleado mirando desconfiado a Humphrey.

—No, no podía saberlo. ¿Dice que abandonó el hotel el sábado y no regresó desde entonces?

—Exactamente.

—¿La vio salir?

—Sí; salió después de cenar. Me entregó la llave de su habitación, que coloqué en su correspondiente casillero; a la mañana siguiente estaba allí todavía. La camarera del turno de la noche dice que no regresó.

—¿Salió sola?

—Sí...; por lo menos no vi a nadie que la acompañara.

—Tendré que aguardar a que regrese —dijo Humphrey—. ¿Cuál es mi habitación?

El empleado llamó a un botones y, entregándole una llave, ordenó:

—Acompañe al señor Campbell a la habitación 223.

—Sí, señor —contestó el muchacho.

Tomó las valijas de Humphrey y seguido por éste subió las escaleras y recorrió un pasillo alfombrado. La habitación

223 estaba en el frente del edificio y sus ventanas daban a la bahía, en la cual cuatro yates anclados se mecían sobre las olas. Uno de ellos era casi tan grande como un vapor de pasajeros. Humphrey abrió la ventana; vio que un ancho balcón corría a todo el largo del frente y sonrió complacido. También la habitación 217 estaba en el frente; eso lo había podido comprobar al recorrer el pasillo, y, si ninguna de sus llaves abría la cerradura de la habitación, siempre le quedaba el balcón como último recurso.

—¿Le desocupo las valijas, señor? —preguntó el botones. Por el tono de voz empleado podía colegirse que no esperaba ver en ellas gran cosa de valor.

—Solamente ésa —contestó Humphrey, indicando una valija cuadrada. Observó al muchacho mientras éste aflojaba las correas y sonrió divertido ante la expresión de asombro que se pintó en su rostro cuando logró abrirla. Dentro de la valija no había otra cosa que un acordeón—. Coloca ese instrumento sobre la cama, pero con cuidado —agregó Humphrey.

Con grandes precauciones tomó el muchacho el instrumento y lo colocó reverente sobre la floreada colcha de la cama. Miró con respeto y admiración a Humphrey antes de preguntarle:

—¿Toca el acordeón?

—Soy un verdadero virtuoso —repuso Humphrey—. Aprendí a tocar por correspondencia.

—Le ruego que toque algo para mí —se atrevió a pedir el muchacho—. Por favor, toque «El Último Rodeo», es mi canción favorita.

—Creo que no es conveniente hacerlo ahora; no son más que las ocho de la mañana y es posible que los demás huéspedes del hotel no estén de acuerdo, especialmente si toco «El Último Rodeo».

—Tiene razón —contestó el muchacho—. No tuve en cuenta ese detalle. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, traerme el desayuno.

—¿Qué le parecen dos huevos sancochados en crema, algunas tostadas, café con leche y un trozo de melón?

—Piensas en todo; se conoce que eres inteligente —dijo riendo Humphrey, arrojándole una moneda, que el botones pescó en el aire.

La puerta se cerró. Los pasos del muchacho se perdieron en la distancia. Humphrey tomó el teléfono, y una voz armoniosa dijo: «Buenos días».

Humphrey contestó al saludo y pidió un número de Los Ángeles. Dos minutos más tarde escuchó la voz profunda y pesada de Oscar en el otro extremo de la línea.

—Ha huido —se limitó a decir Humphrey—. Se ha desvanecido en la nada.

Oscar juró como un carretero. Humphrey sonrió y llegó a la conclusión de que Oscar estaba de mal humor. Siempre lo estaba.

—Búscala —ordenó Oscar.

—Es lo que pienso hacer. Sus valijas están aquí, en el hotel. No puede estar muy lejos.

—Tiene que estar allí —gritó Oscar con voz ahogada por la ira.

—Si está aquí, la encontraré —contestó Humphrey con calma.

—Así lo espero. Sigue mis instrucciones, y si no has logrado hallarla hasta el sábado, entrevístate con Robin Bishop.

—Bien. ¿Y debo recurrir a la ayuda de la policía?

—No —aulló Oscar—. ¿Qué pretendes? ¿Que perdamos este caso tan interesante?

—Me limité a preguntar —contestó Humphrey.

Colgó el receptor, tomó su acordeón y, con el rostro redondo y tostado reflejando satisfacción, empezó a tocar suavemente una conocida melodía. Todavía estaba tocando cuando llegó el botones con el desayuno, y para satisfacerlo ejecutó «El último rodeo».